



ANTONIO BUERO VALLEJO.

HISTORIA DE UNA ESCALERA

Historia de una escalera. Acto I

[El primer acto transcurre en 1919. Dos jóvenes vecinos, Urbano y Fernando, se encuentran en el rellano. Ambos están enamorados de una joven llamada Carmina, aunque ella a quien quiere es a Fernando.]

URBANO: ¡Hola! ¿Qué haces ahí?

FERNANDO: Hola, Urbano. Nada.

URBANO: Tienes cara de enfado.

FERNANDO: No es nada.

URBANO: Baja al casinillo¹. *(Señalando el hueco de la ventana.)* Te invito a un cigarro. *(Pausa.)* ¡Baja, hombre! *(FERNANDO empieza a bajar sin prisa.)* Algo te pasa *(Sacando la petaca.)* ¿No se puede saber?

FERNANDO: *(Que ha llegado.)* Nada, lo de siempre... *(Se recuestan en la pared del casinillo. Mientras, hacen los pitillos.)* ¡Que estoy harto de todo esto!

URBANO: *(Riendo.)* Eso es ya muy viejo. Creí que te ocurría algo.

FERNANDO: Puedes reírte. Pero te aseguro que no sé cómo aguanto. *(Breve pausa.)* En fin, ¡para qué hablar! ¿Qué hay por tu fábrica?

URBANO: ¡Muchas cosas! Desde la última huelga de metalúrgicos la gente se syndica a toda prisa. A ver cuándo nos imitáis los dependientes.

FERNANDO: No me interesan esas cosas.

URBANO: Porque eres tonto. No sé de qué te sirve tanta lectura.

FERNANDO: ¿Me quieres decir lo que sacáis en limpio de esos líos?

URBANO: Fernando, eres un desgraciado. Y lo peor es que no lo sabes. Los pobres diablos como nosotros nunca lograremos mejorar la vida sin la ayuda mutua. Y eso es el sindicato. ¡Solidaridad! Esa es nuestra palabra. Y sería la tuya si te dices cuenta de que no eres más que un triste hortera². ¡Pero como te crees un marqués!

FERNANDO: No me creo nada. Solo quiero subir. ¿Comprendes? ¡Subir! Y dejar atrás toda esta sordidez en que vivimos.

URBANO: Y a los demás que los parta un rayo.

FERNANDO: ¿Qué tengo yo que ver con los demás? Nadie hace nada por nadie. Y vosotros os metéis en el sindicato porque no tenéis arranque para subir solos. Pero ese no es camino para mí. Yo sé que puedo subir y subiré solo.

1.- Casinillo: rellano, 2.- Hortera: dependiente de una tienda.

Historia de una escalera. Acto II

[Han pasado diez años. Fernando se ha casado con Elvira, una vecina de buena familia. El padre de Carmina muere. Ese mismo día Urbano le propone matrimonio. Mientras, Fernando discute con su esposa si deben visitarla para darle el pésame.]

FERNANDO: Elvira, no te alteres. Entre Carmina y yo terminó todo hace mucho tiempo.

ELVIRA: No te molestes en fingir. ¿Crees que no me doy cuenta de las miraditas que le echas encima y de cómo procuras hacerte el encontradizo con ella?

FERNANDO: Fantasías.

ELVIRA: ¿Fantasías? La querías y la sigues queriendo.

FERNANDO: Elvira, sabes que yo te he...

ELVIRA: ¡A mí nunca me has querido! Te casaste por el dinero de papá.

Historia de una escalera. Acto III

[Han transcurrido veinte años. Fernando, hijo de Fernando y de Elvira, está enamorado de Carmina, hija de Urbano y de Carmina. Ambos conversan en el rellano, mientras sus padres, que se oponen a su relación observan la escena sin ser vistos.]

(... Su hijo, FERNANDO, le ve cruzar y desaparecer con una mirada de espanto. La escalera queda en silencio. FERNANDO, HIJO, oculta la cabeza entre las manos. Pausa larga. CARMINA, HIJA, sale con mucho sigilo de su casa y cierra la puerta sin ruido. Su cara no está menos descompuesta que la de FERNANDO. Mira por el hueco y después fija su vista, con ansiedad, en la esquina del «casinillo». Baja tímidamente unos peldaños, sin dejar de mirar. FERNANDO la siente y se asoma.)

FERNANDO, HIJO: ¡Sí puede ser! No te dejes vencer por su sordidez. ¿Qué puede haber de común entre ellos y nosotros? ¡Nada! Ellos son viejos y torpes. No comprenden... Yo lucharé para vencer. Lucharé por ti y por mí. Pero tienes que ayudarme, Carmina. Tienes que confiar en mí y en nuestro cariño.

CARMINA, HIJA: ¡No podré!

FERNANDO, HIJO: Podrás. Podrás... porque yo te lo pido. Tenemos que ser más fuertes que nuestros padres. Ellos se han dejado vencer por la vida. Han pasado treinta años subiendo y bajando esta escalera... Haciéndose cada día más mezquinos y más vulgares. Pero nosotros no nos dejaremos vencer por este ambiente. ¡No! Porque nos marcharemos de aquí. Nos apoyaremos el uno en el otro. Me ayudarás a subir, a dejar para siempre esta casa miserable, estas broncas constantes, estas estrecheces. Me ayudarás, ¿verdad? Dime que sí, por favor. ¡Dímelo!

CARMINA, HIJA: ¡Te necesito, Fernando! ¡No me dejes!

FERNANDO, HIJO: ¡Pequeña! *(Quedan un momento abrazados. Después, él la lleva al primer escalón y la sienta junto a la pared, sentándose a su lado. Se cogen las manos y se miran arrobados.)* Carmina, voy a empezar enseguida a trabajar por ti. ¡Tengo muchos proyectos!

(Carmina, la madre, sale de su casa con expresión inquieta y los divisa, entre disgustada y angustiada. Ellos no se dan cuenta.)

FERNANDO: Saldré de aquí. Dejaré a mis padres. No los quiero. Y te salvaré a ti. Vendrás conmigo. Abandonaremos este nido de rencores y brutalidad.

CARMINA, HIJA: ¡Fernando!

(Fernando, el padre, que sube la escalera, se detiene, estupefacto, al entrar en escena.)

FERNANDO, HIJO: Sí, Carmina. Aquí solo hay brutalidad e incompreensión para nosotros. Escúchame. Si tu cariño no me falta, emprenderé muchas cosas. Primero me haré un buen aparejador. ¡No es difícil! En unos años me haré un buen aparejador. Ganaré mucho dinero y me solicitarán todas las empresas constructoras. Para entonces ya estaremos casados... Tendremos nuestro hogar, alegre y limpio..., lejos de aquí. Pero no dejaré de estudiar por eso. ¡No, no, Carmina! Entonces me haré ingeniero. Seré el mejor ingeniero del país y tú serás mi adorada mujercita...

CARMINA, HIJA: ¡Fernando! ¡Qué felicidad!... ¡Qué felicidad!

FERNANDO, HIJO: ¡Carmina!

(Se contemplan extasiados, próximos a besarse. Los padres se miran y vuelven a observarlos. Se miran de nuevo, largamente. Sus miradas, cargadas de una infinita melancolía, se cruzan sobre el hueco de la escalera sin rozar el grupo ilusionado de los hijos.)



1) Explica en qué se diferencian las dos formas de ver la vida que representan Urbano y Fernando.

2) ¿De qué intenta convencer Fernando a Carmina en el último texto?

3) Analiza el significado simbólico del espacio en la obra.

4) En el desenlace de la obra, ¿cómo contrasta la actitud de los padres frente a los hijos? ¿Se trata de un final abierto o cerrado? ¿Qué sentimientos predomina en dicho desenlace?

PIC-NIC. Fernando Arrabal.

[El señor y la señora Tepán visitan a su hijo Zapo, que está en la guerra, para pasar una tarde de domingo con él haciendo un picnic. Capturan a un enemigo, Zapo, al que más tarde desatan e invitan a comer]

SRA. TEPÁN.- ¿Eso es de nacimiento, o se hizo usted enemigo más tarde?

ZEPO.-No sé. Ya le digo que no sé.

SR. TEPÁN.-Entonces, ¿cómo ha venido a la guerra?

ZEPO.- Yo estaba un día en mi casa arreglando una plancha eléctrica de mi madre cuando vino un señor y me dijo: « ¿Es usted Zepo? Sí. Pues que me han dicho que tienes que ir a la guerra.» Y yo entonces le pregunté: «Pero, ¿a qué guerra?» Y él me dijo: «Qué bruto eres, ¿es que no lees los periódicos?» Yo le dije que sí, pero no lo de las guerras...

ZAPO.-Iguaito, igualito me pasó a mí. [...]

ZEPO.-Le dije que además tenía novia y que si no iba conmigo al cine los domingos lo iba a pasar muy aburrido. Me respondió que eso de la novia no tenía importancia.

ZAPO.-Iguaito, igualito que a mí.

ZEPO.-Luego bajó mi padre y dijo que yo no podía ir a la guerra porque no tenía caballo.

ZAPO.-Iguaito dijo mi padre.

ZEPO.-Pero el señor dijo que no hacía falta caballo y yo le pregunté si podía llevar a mi novia, y me dijo que no. Entonces le pregunté si podía llevar a mi tía para que me hiciera natillas los jueves, que me gustan mucho.

SRA. TEPÁN.-*(Dándose cuenta de que ha olvidado algo.)* ¡Ay, las natillas!

ZEPO.- Y me volvió a decir que no.

ZAPO.-Iguaito me pasó a mí.

ZEPO.-Y, desde entonces, casi siempre solo en esta trinchera.

SRA. TEPÁN.-Yo creo que ya que el señor prisionero y tú os encontráis tan cerca y tan aburridos, podríais reuniros todas las tardes para jugar juntos.

ZAPO.-Ay, no mamá. Es un enemigo.

SR. TEPÁN.-Nada, hombre, no tengas miedo.

ZAPO.-Es que si supieras lo que el general nos ha contado de los enemigos.

SRA. TEPÁN.- ¿Qué ha dicho el general?

ZAPO.-Pues nos ha dicho que los enemigos son muy malos, muy malos muy malos. Dice que cuando cogen prisioneros les ponen chinitas en los zapatos para que cuando anden se hagan daño.

SRA. TEPÁN. - ¡Qué barbaridad! ¡Qué malísimos son!

SR. TEPÁN.- (A ZEPO, *indignado.*) ¿Y no le da a usted vergüenza pertenecer a ese ejército de criminales?

ZEPO.-Yo no he hecho nada. Yo no me meto con nadie.

SRA. TEPÁN.-Con esa carita de buena persona, quería engañarnos...

SR. TEPÁN.-Hemos hecho mal en desatarlo, a lo mejor, si nos descuidamos, nos mete unas chinitas en los zapatos. [...]

ZEPO.-No se pongan conmigo así.

ZEPO.-Señora, no se ponga así conmigo. Además le diré que a nosotros nuestro general nos ha dicho lo mismo de ustedes.

SRA. TEPÁN.- ¿Cómo se ha atrevido a mentir de esa forma?

ZAPO.-Pero, ¿todo igual?

ZEPO.-Exactamente igual.

SR. TEPÁN.- ¿No sería el mismo el que os habló a los dos? [...]

SRA. TEPÁN.-Pero si es el mismo, por lo menos podría cambiar de discurso. También tiene poca gracia eso de que a todo el mundo le diga las mismas cosas.

SR. TEPÁN.- (A ZEPO, *cambiando de tono.*) ¿Quiere otro vasito?

SRA. TEPÁN.-Espero que nuestro almuerzo le haya gustado...

SR. TEPÁN.-Por lo menos ha estado mejor que el del domingo pasado.

ZEPO.- ¿Qué les pasó?

SR. TEPÁN.-Pues que salimos al campo, colocamos la comida encima de la manta y en cuanto nos dimos la vuelta, llegó una vaca y se comió toda la merienda. Hasta las servilletas.

ZEPO.- ¡Vaya una vaca sinvergüenza!

SR. TEPÁN.-Sí, pero luego, para desquitarnos, nos comimos la vaca. (*Ríen.*)

ZAPO.- (A ZEPO.) Pues, desde luego se quitarían el hambre. ..

SR. TEPÁN.- ¡Salud! (*Beben.*)

SRA. TEPÁN.- (A ZEPO.) Y en la trinchera, ¿qué hace usted para distraerse?

ZEPO.- Yo, para distraerme, lo que hago es pasarme el tiempo haciendo flores de trapo. Me aburro mucho.

SRA. TEPÁN.- ¿Y qué hace usted con las flores?

ZEPO.-Antes se las enviaba a mi novia. Pero un día me dijo que ya había llenado el invernadero y la bodega de flores de trapo y que si no me molestaba que le enviara otra cosa, que ya no sabía qué hacer con tanta flor.

SRA. TEPÁN.-¿ Y qué hizo usted?

ZEPO.-Intenté aprender a hacer otra cosa, pero no pude. Así que seguí haciendo flores de trapo para pasar el tiempo.

SRA. TEPÁN.- ¿Y las tira?

ZEPO.-No. Ahora les he encontrado una buena utilidad: doy una flor para cada compañero que muere. Así ya sé que por muchas que haga, nunca daré abasto.

SR. TEPÁN.-Pues ha encontrado una buena solución.

ZEPO.- (*Tímido.*) Sí.

ZAPO.-Pues yo me distraigo haciendo jerséis.

SRA. TEPÁN.-Pero, oiga, ¿es que todos los soldados se aburren tanto como usted?

ZEPO.-Eso depende de lo que hagan para divertirse.

ZAPO.-En mi lado ocurre lo mismo.

SR. TEPÁN.-Pues entonces podemos hacer una cosa: parar la guerra.

ZEPO.- ¿Cómo?

SR. TEPÁN.-Pues muy sencillo. Tú les dices a todos los soldados de nuestro ejército que los soldados enemigos no quieren hacer la guerra, y usted le dice lo mismo a sus amigos. Y cada uno se vuelve a su casa.

ZAPO.- ¡Formidable!

SRA. TEPÁN.- Y así podrá usted terminar de arreglar la plancha eléctrica.

ZAPO.- ¿Cómo no se nos habrá ocurrido antes una idea tan buena para terminar con este lío de la guerra?

SRA. TEPÁN.-Estas ideas sólo las puede tener tu padre. No olvides que es universitario y filatélico.

ZEPO.-Oiga, pero si paramos así la guerra, ¿qué va a pasar con los generales y los cabos?

SRA. TEPÁN.-Les daremos unas panoplias para que se queden tranquilos.

ZEPO.-Muy buena idea.

SR. TEPÁN.- ¿Veis qué fácil? Ya está todo arreglado.

ZEPO.-Tendremos un éxito formidable.

ZAPO.-Qué contentos se van a poner mis amigos.

SRA. TEPÁN.-¿Qué os parece si para celebrarlo bailamos el pasodoble de antes?

ZEPO.-Muy bien.

ZAPO.-Sí, pon el disco, mamá. [...]

(Pone el disco. Suena un pasodoble. Bailan, llenos de alegría, ZAPO con ZEPO y la SRA. TEPÁN con su marido. Suena el teléfono de campaña. Ninguno de los cuatro lo oye. Siguen, muy animados, bailando. El teléfono suena otra vez. Continúa el baile. Comienza de nuevo la batalla con gran ruido de bombazos, tiros y ametralladoras. Ellos no se dan cuenta de nada y continúan bailando alegremente. Una ráfaga de ametralladora los siega a los cuatro. Caen al suelo, muertos. Sin duda, una bala ha rozado el gramófono: el disco repite y repite, sin salir del mismo surco. Se oye durante un rato el disco rayado, que continuará hasta el final de la obra. Entran, por la izquierda, los dos camilleros. Llevan la camilla vacía. Inmediatamente, cae el

TELÓN



5.- ¿Qué elementos del teatro del absurdo aparecen en este fragmento?

6.- ¿Cuál es el mensaje de la obra?